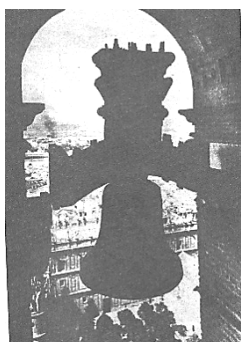


LA FIESTA NUESTRA DE CADA DÍA

Por Antonio PEREIRA

Había hace ya bastantes años sobre la noble cantería de San Marcos una placa de aire más bien administrativo y municipal, claro azulejo semejante a los que solían emplearse para rotular las calles. En clásica tipografía proclamaba cabalmente, sencillamente: Ciudad de León, Capital de Provincia.

Pienso que acaso siga en su lugar de entonces, el borde mismo del hospitalario edificio donde éste linda con el puente sobre el Bernesga, justo cuando se logra la vecindad del agua rumorosa con la piedra callada. Pienso que acaso siga... Sin más trámites podría uno dejar la pluma -y acercarse, cosa de bien poco, al sitio exacto del recuerdo. Comprobarlo. Sería lo propio de un cronista responsable, lo menos que demanda un artículo riguroso. Pero yo no quisiera -al menos ahora- traer a estas páginas festeras unas cuartillas de erudición, sino el familiar hablar de quien habla entre convecinos; ni siquiera aspiro a la verdad, esa verdad objetiva que es la verdad de todos, sino a la mía propia, amasada con recuerdos lejanos y admiraciones adolescentes, con amores y nostalgias y convivencias leales. Por esto aludo a aquella inscripción que acaso fuera el primer encuentro de mis ojos niños con la capital, y a lo mejor la causa de mi condición de provinciano, ya vitalicia, me parece.



Cierto es que desde muy chicos -los rapaces de aquella escuela del rey- habíamos tenido ocasión de prepararnos para tal suceso. Lo he recordado no hace mucho: nuestro maestro era de Valderas y nos enseñaba los contornos de la provincia al mismo tiempo o acaso antes, que los de la patria grande. Bien es verdad que de España pintábamos "el mapa", siempre establecido a trazo firme y sin rendijas, mientras que a la representación geográfica de la provincia se le decía más modestamente: "el croquis", y hacíase con líneas entrecortadas o pequeñas cruces que empezaban en los montes de Ancares y en los montes de Ancares concluían, después de configurar aquella forma, pronto familiar y querida, donde íbamos situando los diez nombres de las cabezas de partido judicial, y Junto a un redondel predominante, con mayúsculas orgullosas, la capital: LEÓN.

Yo no sé si los maestros de ahora siguen haciendo lo que don Jesús -don Jesús del Palacio, que no sobraré recordar su nombre-, pero afirmo que a nosotros se nos

abrió el sentir de leoneses, de provincianos de León, al borde mismo del encerado, con algo de geografía y mucho de amor.

Cuando se tienen muy pocos años, y ello acontece en un tiempo todavía lejos de la actual facilidad viajera, la imaginación no corre: vuela. Entonces, León y su catedral pueden sonar en los oídos de un mocín de Riaño o de Cacabelos a imposible maravilla. Como el nombre de Valencia de don Juan a un rapaz de Balboa: el de Ponferrada a quien anda de labrantín aprendiz por entre espigas de Grajal de Campos... Luego con el tiempo, llega la realidad, siempre más dura y opaca que la fantasía –la propia de cada junio, pero con la añadidura de nuestra “romanidad” conmemorada..., veremos cómo se allegan a León capital lejanos forasteros, pero también sus provincianos leales. No es en esta ocasión, empero, con sernos tan deseada y jubilosa, donde queremos encontrar la imagen de una solidaridad que hace posible nuestro progreso, y aun nuestro vivir, uno en la convocatoria tácita de cada día.

A esto queríamos venir, a la fiesta hermosa que no necesita ni carteles ni llamamientos especiales: la fiesta leonesa de cada mañana.

Hay que ponerse en el puente de la estación. Por entre las vías se ha muerto ya la noche de aquellas inolvidables carbonilleras cremerianas, y ahora amanece Dios en forma de luz, que es clara manera de presentarse quien viene de lo más alto. Hombres que fueron hechos a su imagen y semejanza -aunque el rudo pelear los disfrace veces de roca o árbol- se acercan a la ciudad a traer algo, a que la ciudad les dé algo. A veces, un paso más atrás, como con respeto, les siguen mujeres dóciles y solidarias.



Por puente de la estación entran también a la ciudad mozas garridas y desenvueltas -ya nadie podrá decir mozas de pueblo-, alegres rapacines, corazones anchos y repletos como cestas...

A mí me son más hermosas que nada las ciudades con muchos puentes. León los tiene. A veces son de verdad (lo que para entendernos pronto solemos llamar verdad). Pero otras veces no se tienden por encima de ningún río, sino a ras del cemento o en el nivel del aire, porque uno los ve -los sueña- dando paso cada mañana a los viajeros de todas las esquinas del "croquis". Los que "vio" Gamoneda en el ferrocarril de Matallana:

Este es un tren de campesinos viejos

y de mineros jóvenes.

Se ve algo que unifica

más que la sangre y la amistad...

Los que llegan -llegamos- viajeros del alba, en el coche de línea de Villafranca. En todos los coches de línea. Los del "seiscientos". Los de las furgonetas nuevas y los carros antiguos. Quienes se acercan por el alto del Portillo y de repente reciben en los ojos, con la catedral al fondo, el premio de sus andares...

Vienen todos a que León les dé algo -ciudad de León, capital de provincia-. Todos vienen a traer algo a León. De un lado y otro, cosas que se pesan y miden, pero también, y sobre todo, lo que sólo puede justipreciarse con las tasas del alma.

Por este trueque en paz, por esta correspondencia de interés que también es amor, no hace falta esperar a la mañana de San Juan -aunque bendita sea- para decir que en León están tocando a fiesta.